

# ENTRE EL IMPRESIONISMO Y EL CONTEO DE VACAS : EL GAUCHO Y LA GUERRA DE IMÁGENES DEL MUNDO RURAL COLONIAL

Jorge C. Troisi Meleán

---

A fines de 1986, en dos ámbitos universitarios - la Universidad del Centro <sup>1</sup> y la de Buenos Aires <sup>2</sup> - se desarrolló un intenso pero respetuoso debate en torno al papel que le cupo a la fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial. El notable interés causado entre los asistentes, indujo a la publicación del mismo al Comité Editorial de la casa de estudios tandilense<sup>3</sup>. La famosa polémica y su éxito <sup>4</sup> - que habían convocado a los más caracterizados especialistas de la materia- se erigieron como emblemas de un renovado interés por el tema que, al cabo de diez años, transformó una simplificada imagen del mundo rural, que parecía completamente arraigada, en otra mucho más matizada y compleja.

En este trabajo procuraremos indagar las diferentes metodologías y motivaciones que, desde dentro o desde fuera de la profesión, fueron utilizadas para la construcción de las sucesivas imágenes de ese mundo rural y las de su más conspicuo personaje, el gaucho <sup>5</sup>. En una primera parte nos ocuparemos en líneas generales, de las raíces del debate —que llevaron a la conformación de la imagen tradicional—, y en una segunda,

---

<sup>1</sup> VII Jornadas de Historia Económica, Universidad del Centro, septiembre de 1986.

<sup>2</sup> Jornadas realizadas por la sección argentina del Comité Internacional de Ciencias Históricas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, octubre de 1986.

<sup>3</sup> «Polémica: Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial», con aportes de Carlos A. Mayo, «Sobre peones, vagos y malentretidos. El dilema de la economía rural rioplatense durante la época colonial», Samuel Amaral, «Trabajo y trabajadores rurales en Buenos Aires a fines del siglo XVIII», Juan Carlos Garavaglia, «¿Existieron los gauchos?», Jorge Gelman, «¿Gauchos o campesinos?» y la respuesta de Carlos Mayo, «¿Una campaña sin gauchos?», en Separata del Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales, número 2, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1987.

<sup>4</sup> Es significativo que en el ámbito de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata —tanto entre profesores como entre estudiantes—, se identifique a la polémica con este simple nombre, a secas, sin necesidad de especificación alguna.

<sup>5</sup> Existen varios y provechosos estudios sobre la evolución historiográfica de esta imagen. Uno de los primeros puede encontrarse en Garavaglia, Juan Carlos, «Historiografía de la Historia Agraria Colonial», en Historiografía argentina (1958-1988), Buenos Aires, 1990. Más recientemente existen varios, entre otros, Fradkin, Raúl O., «La historia agraria y los estudios de establecimientos productivos en Hispanoamérica colonial: una mirada desde el Río de la Plata», en Fradkin, Raúl (compilador), La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos, tomo I, y Gelman, Jorge, «El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la Historia Argentina», en Entrepasados, Revista de Historia, Año V, N° 9, fines de 1995.

de las herramientas que desde fines de la década del '60, pero más intensamente desde los '80, se vienen desplegando en un campo profesional que se ha transformado en forma tan radical como la de su objeto de estudio.

## **I. La construcción de la imagen rural tradicional.**

### ***Los impresionistas***

Durante los últimos años del siglo XVIII, el teniente de ingenieros aragonés Félix de Azara, uno de los jóvenes ilustrados de la legión de Carlos III, recorrió desde el sur de Brasil al sur bonaerense en una misión demarcatoria de límites. A medida que iba cumpliendo su tarea, describía todo lo que encontraba a su paso, hombres, plantas y animales. Considerado por Mitre como otro Humboldt, sus visiones —entre otras tantas de viajeros europeos— estarían destinadas a perdurar, por casi dos siglos, como las imágenes fidedignas del mundo tardocolonial <sup>6</sup>.

Los posteriormente llamados «impresionistas» construyeron «estampas del pasado» de las que por mucho tiempo abrevarían los historiadores. El viajero, como portavoz del progreso, representaba una fuente legítima de conocimiento. No era necesario procesar la información. «El extranjero ve con más clara visión las cosas autóctonas, por la novedad y el exotismo que representan para él» <sup>7</sup>.

La pampa se presentaba como un teatro de fenómenos pintorescos y originales para la visión europea. La imagen de plena libertad, vagancia y vida muy fácil sorprendían al viajero acostumbrado a la escasez de tierra y al establecimiento de vínculos ancestrales con ella. Los hombres en la pampa «se paseaban a su albedrío por toda la campaña, comían a su costa y pasaban las semanas enteras tendidos sobre un cuero cantando y tocando» <sup>8</sup>.

Del testimonio de viajeros nacían las ideas de desierto, aislamiento y poca sociabilidad, luego apropiadas por Sarmiento. «Estos hombres errantes que corren tras de los ganados, y que persiguen bestias alzadas en los desiertos no tienen la más mínima noción de regla, ni de medida para nada; habituados a la completa independencia, no aman la sociedad que no conocen, ignoran las más habituales

---

<sup>6</sup> Carrazzoni, José Andrés, «Félix de Azara, peripecias de un sabio», en *Todo es Historia*, número 329, diciembre 1994.

<sup>7</sup> Busaniche, José Luis, *Estampas del pasado*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986 (1959), tomo I, p. 13.

<sup>8</sup> Concolorcorvo, *Lazarillo de ciegos caminantes*, Buenos Aires, 1908, citado por Busaniche, J. L., *Estampas del pasado*, op. cit., p. 138.

comodidades, carecen de toda instrucción y no saben obedecer»<sup>9</sup>. A la manera de algunos ecologistas de la actualidad, el gaucho aparecía como un elemento más del paisaje, de la naturaleza. «Acostumbrados desde la infancia a degollar animales, les parece natural hacer lo mismo con los hombres; la muerte les es indiferente»<sup>10</sup>. Aunque morir es lo más natural que nos ocurre, saber que vamos a morir es una cualidad exclusivamente humana. La muerte nos une a la naturaleza pero la conciencia de la muerte nos distancia de ella. El gaucho de los impresionistas, como luego el sarmientino, no tenía miedo a la muerte porque casi no tenía conciencia de ella. La conciencia del horror a la muerte le pertenecía al europeo que lo observaba debatirse alegremente entre la vida y la muerte, como cualquier otro animal lo haría. Al destacar su aspecto natural, el gaucho adquiriría, paradójicamente, parte del singular encanto que nunca perdería.

### ***Las estampas del pasado se sistematizan***

El más célebre de todos los viajeros en hacer el camino contrario al de los impresionistas —de la periferia al centro— transformaría, medio siglo después, las estampas en sistema. En forma apasionada, a la manera de un drama, Sarmiento describía en Facundo una campaña que por sus condiciones físicas, culturales y raciales estaba mal preparada para el progreso.

Fruto de la herencia colonial y como consecuencia de una campaña de tierra poco trabajada y de grandes estancias ganaderas -»distribuidas de cuatro en cuatro leguas»<sup>11</sup> - que sólo daban lugar a encuentros transitorios, surgía el gaucho, confundido con una naturaleza que lo rodeaba y aislaba. Las antiguas estampas, hasta allí algo dispersas, se consolidaban entonces para convertirse en categorías sociológicas. Sarmiento agrupó a los gauchos por sus virtudes o vicios para crear sus famosos estereotipos. Las imágenes del ilustrado Azara encontraban en la lectura sociológica del Facundo su sistematización más acabada.

Las escenas, aunque dominantes a lo largo de todo el libro, eran utilizadas, la mayoría de las veces, para dar figura a las ideas. El gaucho, el desierto y el latifundio eran las últimas imágenes de una campaña bárbara que se resistía a su desaparición. Las etapas hacia el progreso de la civilización se cumplirían inexorablemente de la misma manera que se habían cumplido en los Estados Unidos (donde Sarmiento había

<sup>9</sup> Azara, Félix de, Viajes por la América meridional, Madrid, 1941, p. 193.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Sarmiento, Domingo F., Facundo o civilización y barbarie, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993, p. 105.

encontrado tantas analogías con la pampa en la «descripción de las grandiosas escenas naturales», de Fenimore Cooper en *El último de los mohicanos* <sup>12</sup>. El presente norteamericano señalaba el futuro argentino.

Pero las imágenes, tantas veces subordinadas a ideales, eran válidas también por sí mismas. Sarmiento como los anteriores viajeros y también como Cooper —quien tanto éxito había tenido en círculos europeos— <sup>13</sup>, todos escribían para el mismo público del Viejo Mundo. El sanjuanino convirtió las excepciones en generalidades no sólo en función de un sistema —como ya lo había advertido Alsina— <sup>14</sup>, sino también por el costado poético de una biografía de novela, dentro de una naturaleza absolutamente exótica.

Si en Sarmiento las imágenes todavía tenían un valor intrínseco, con José Ingenieros, algunas décadas después, lo perderán completamente en la búsqueda de leyes económicas y sociológicas. El gaucho, configuración determinada por la raza y el medio, ya sin futuro en el *Facundo*, era eliminado también del pasado <sup>15</sup>. Era necesario pensar una nación moderna desde la nada, integrada al mercado mundial que debía marginar a los estratos que no querían integrarse a ese progreso <sup>16</sup>.

Con ese precepto, construyó Ingenieros la imagen de la pampa feudal <sup>17</sup>, nacida de un factor constante de atraso en la historia argentina proveniente del período colonial. El carácter feudal de la pampa, pintado también por Quesada y esbozado por Alberdi <sup>18</sup>, establecía un primer antecedente del debate sobre los modos de producción, una disputa en la que medio siglo más tarde —como veremos más adelante— se debatirían gran parte de los historiadores latinoamericanistas. Además de su categorización, la imagen de la pampa feudal no era muy diferente de la sarmientina: un régimen de caudillos latifundistas, señores de sus dominios, cuya base eran los gauchos. El período feudal, coincidente con el rosista, le permitía a Ingenieros equiparar el pasado argentino con el europeo, para así augurar un futuro análogo. El presente argentino se convertía entonces en el pasado de Europa y si Europa lo había superado, quienes mejor lo podían interpretar para guiar al país hacia el futuro, eran los inmigrantes. Reinaban entonces las ideas de Spencer que, como sinónimo de científicidad, postulaban el progreso como una

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 87

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 87-88.

<sup>14</sup> «Notas de Valentín Alsina al libro «Civilización y barbarie», en *Ibíd.*

<sup>15</sup> Ver, entre otras obras de José Ingenieros, *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1963 (1914).

<sup>16</sup> Ver, en este sentido, a Terán, Oscar, *Positivismo y acción en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

<sup>17</sup> Ver los trabajos de José Ingenieros reunidos en *Sociología argentina*, Buenos Aires, 1918.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 54.

necesidad saludable y confundían la civilización europea con la civilización en general<sup>19</sup>. Ingenieros acudía a la historia económica «deseoso de hallar moralejas adecuadas para difundir sus convicciones ideológicas»<sup>20</sup>. La confianza en el progreso, como también había sucedido con Sarmiento, era una traba ideológica que impedía revisar cualquier dato histórico.

## **La formación de la identidad nacional**

Desde principios de siglo, paralela a la de Sarmiento e Ingenieros, una nueva imagen pampeana se estaba forjando, adquiriendo cada vez más vigor. A partir de un giro de ciento ochenta grados, el gaucho, hasta entonces marginado del proyecto nacional, se convertiría entonces en el depositario de los valores tradicionales. El simbolismo no era completamente nuevo. Aún en el propio Sarmiento, asociar al gaucho con la idea de libertad y lucha contra la autoridad, siempre había estado presente. Desde esa base, el defecto se transformaba en virtud. Como señalaba Levene: «La guerra de independencia descubrió al hombre nuevo que yacía en el fondo idealista y en el espíritu romántico del gaucho, impotente para las artes de la paz y temerario en la pelea. La evolución del gaucho fue destacando sus enérgicas calidades morales en un proceso de incesante superación»<sup>21</sup> «... dándonos así el nuevo retrato de su vida iluminado por los ideales de la patria»<sup>22</sup>.

---

<sup>19</sup> También el socialismo compartía estas ideas evolucionistas. Argentina estaba destinada a llevar la antorcha europea de la civilización, cuyo futuro auguraba el socialismo, pero para ello debía despojarse de los elementos autóctonos que distorsionaban su destino manifiesto. Ver por ejemplo la polémica sobre la factibilidad de implantación del socialismo en Argentina desarrollada entre Justo y Ferri, en donde se despliegan todas estas ideas. En Justo, Juan B., *Socialismo*, Buenos Aires, Editorial Claridad, s/f.

<sup>20</sup> Halperin Donghi, T., «La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)», en *Desarrollo Económico*, N° 9/10, Buenos Aires, 1963, p. 85.

<sup>21</sup> Levene, Ricardo, *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreinato del Plata*, La Plata, Biblioteca de Humanidades, 1927, p. 71.

<sup>22</sup> Levene, Ricardo, y Levene, Ricardo (h), *Historia argentina y americana*, Buenos Aires, Centro Literario Americano S. A., 1974, Primera Parte, capítulo XXV, p. 411. El capítulo de donde transcribimos el párrafo pertenece a *Lecciones de Historia*, que Ricardo Levene publicara en 1913, transcrito sin modificaciones en este nuevo libro publicado por su hijo, al igual que todo lo referente a la historia argentina, como lo manifiesta en la Advertencia. Que una editorial haga semejante esfuerzo para publicar 60 años después una versión de la historia argentina sin modificaciones, advierte no sólo de lo poco que había evolucionado la imagen rural, sino la historia en general, por lo menos en lo que a divulgación se refiere. Es sugestivo, por otra parte, el título del capítulo al que pertenece: «Significación histórica y social del gaucho».

El gaucho se erigía así como un mito operativo. Levene imponía una imagen, casi mítica, cuyo objetivo era consolidar la identidad nacional. Como los historiadores eruditos franceses de principios del siglo XX, también Levene creía que la historia era el mejor instrumento para la educación cívica de la juventud<sup>23</sup>. Las características inmanentes del gaucho, «su coraje cívico», lo convertían en el depositario de todos los ideales de la peculiaridad rioplatense, en una construcción histórica que siendo inaugurada por Mitre —que los consideraba «los gérmenes de independencia inconsciente»—<sup>24</sup> encontraba su continuidad en la Nueva Escuela Histórica.

Con un gaucho que ya no constituía una amenaza, surgía el mito de su sentido democrático<sup>25</sup>, que tendría un fuerte arraigo en la mentalidad nacional. El gaucho se fundía entonces con el elemento inmigrante para dar origen a la nación. En una única operación se reconciliaba el pasado colonial, el período de las guerras civiles y el del boom, y el gaucho pasaba de ser un obstáculo para la democracia a convertirse en el origen de la misma. Surgía entonces como sinónimo de tradición, el gaucho bueno, una solución frente a la molesta interpretación disgregacionista del gaucho sarmientino. Una solución unificadora que permitía además una filiación con el proyecto histórico de Mitre. Y es en esa dirección donde se revela el otro objetivo de la nueva imagen del gaucho. Aunque las fuentes seguían siendo prácticamente las mismas y la imagen rural albergaba a los mismos personajes —el latifundista («la estancia menor de cinco leguas cuadradas era mirada como insignificante en Buenos Aires»)<sup>26</sup> y el gaucho—, la renovación no era sólo interpretativa. La nueva historia nos presentaba una imagen más neutral, más desapasionada, más «objetiva», acorde con las condiciones metodológicas impuestas por el tipo de historia que la Nueva Escuela había elegido. Aquel gaucho tan ideologizado de Sarmiento debía ser desterrado no sólo de la historia, también de la historiografía.

### ***El gaucho clásico***

Si era esa la versión del más importante representante de una historiografía dominante durante décadas, no resulta difícil imaginar porque los historiadores sólo tan

---

<sup>23</sup> Devoto, Fernando, «Prólogo» a Braudel y la renovación histórica, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991, p. 7-8.

<sup>24</sup> Mitre, Bartolomé, Historia de Belgrano y de la independencia argentina, Buenos Aires, 1887, p. 43.

<sup>25</sup> También Quesada había sostenido esa idea. Ver Zimmermann, Eduardo, «Ernesto Quesada: La época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo» p. 27, en Devoto, Fernando (compilador), La historiografía argentina en el siglo XX (I), Buenos Aires, CEAL, 1993.

<sup>26</sup> Levene, Ricardo, Investigaciones acerca de la historia económica, etc., op. cit., p. 69.

tardíamente se hayan ocupado del tema. Los estudios rurales, en lo que respecta a su faz económica o social, estaban entonces muy dejados de lado. Sólo había cabida para algunos estudios de tipo legal o institucional que, por otra parte, eran los más susceptibles de ser estudiados por el método histórico <sup>27</sup>.

Desde mediados de la década del 50', en tanto, comenzó a hacer su aporte la generación de estudiosos llamados ingenieros. Provenientes de un circuito exterior al de la profesión -lo que no resulta sorprendente en vista de lo explicado anteriormente, principalmente las clásicas obras de Giberti y Montoya<sup>28</sup>, realizan una visión global del desarrollo de los procesos rurales, utilizando, sobre todo, fuentes literarias. Aunque Montoya comenzaba a cuestionar algunos postulados —sobre todo en el tema de la agricultura—, ambos pueden ser incluidos dentro de la visión tradicional. De inmediato también se convertirían en una referencia ineludible para los futuros investigadores <sup>29</sup>. En cierta manera, aquello que siempre se había sospechado sobre la estancia colonial, era confirmado y sistematizado por los ingenieros: una ganadería casi exclusiva, con hacendados que no sólo constituían la clase más poderosa sino sobre todo «que tanto habrían de influir en la vida institucional de la República»<sup>30</sup>, eran supuestos tan arraigados en el sentido común nacional que poco necesitaban del trabajo de archivo. Conociendo el desenlace de la historia, su sola mención bastaba y resultaba lógica. Una de las que se consideró principales causas del «atraso argentino» —la acumulación de tierras en pocas manos— encontraba su origen en el período colonial y determinaba, en cierta manera, toda la historia posterior: «todo conspiraba contra el desarrollo de una clase media ganadera cuya falta repercutiría dolorosamente en el proceso histórico»<sup>31</sup>.

En una sociedad como la descrita, de monoproducción ganadera, de poderosísimos hacendados y de hombres solos, surgía una nueva concepción del gaucho como símbolo de resistencia al poder. El gaucho, hasta cincuenta años antes

---

<sup>27</sup> Uno de los mayores representantes de este tipo de estudios, Miguel Angel Cárcano, dedica los dos primeros capítulos de su clásico trabajo *Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, (1917), p. 1-18, al sistema de tenencia agraria colonial que, a partir de factores institucionales, se erige como un antecedente del régimen de propiedad independiente. En una suerte de continuidad, ambos sistemas, habían arrojado como resultado el desarrollo de la estructura agraria de gran propiedad.

<sup>28</sup> Giberti, Horacio C. E., *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1954 y Montoya, A. J., *Historia de los saladeros argentinos*, (1956), *El Coloquio*, Buenos Aires, 1970. Una muestra de que el alcance de la renovación de la historia rural no sólo alcanzó al período colonial puede verse en Miguez, Eduardo José, «La expansión agraria de la pampa húmeda (1850-1914). Tendencias recientes de su análisis histórico», en *Anuario IEHS*, N° 1, Tandil, 1986.

<sup>29</sup> Prácticamente todos los investigadores de la campaña colonial rioplatense los utilizan como punto de partida y les dedican un reconocimiento en forma explícita.

<sup>30</sup> Giberti, H., *Historia económica*, etc., op. cit., p. 66.

<sup>31</sup> *Ibídem*, p. 48.

considerado sustentador del poder latifundista se convertía entonces en la principal víctima del mismo. Sería Rodríguez Molas quien le diera forma más acabada a esa nueva concepción.

En su ya clásico trabajo sobre el gaucho<sup>32</sup>, Rodríguez Molas utilizó un nuevo arsenal de fuentes como expedientes judiciales, bandos y quejas de hacendados y funcionarios, aunque mantuvo la impronta de los impresionistas. Dentro de un clima de ideas donde la determinación del modo de producción era sumamente importante - como se verá más adelante tomó la noción de Ingenieros de feudalismo, para adjudicárselo a la mentalidad de los propietarios latifundistas. Sin apartarse de la visión tradicional, aportaba una serie de elementos bastante interesantes acerca de las condiciones de trabajo rurales y la existencia del gaucho. La imagen de la pampa comenzaba a hacerse más complejo.

El llamado pensamiento tradicional sobre la campaña rioplatense colonial, consolidaría su imagen entre los '50 y los '70. A partir de cada uno de sus supuestos, entroncados dentro de lo más profundo de la conciencia nacional, el mundo rural encontraría los disparadores abiertos al debate. En cierta manera, la historia recuperaba para sí un campo expropiado por la literatura. Las debilidades analíticas y metodológicas de una imagen concebida para perdurar, resultarían también los elementos necesarios para la reapertura de un campo profesional casi olvidado.

## **II. Un gaucho tan renovado como la economía.**

### ***Primeras grietas de la imagen tradicional***

Casi paralelamente, entre las décadas de 1960 y 1970, surgieron, por diferentes causas y desde diferentes lugares, renovadas motivaciones para desafiar la visión tradicional del Mundo rural colonial.

El surgimiento y formación del latifundio como consecuencia de la dominación española en América —durante varios años un hecho incuestionable—<sup>33</sup>, produjo desde diferentes sectores una reacción —primera tibia y luego cada vez más masiva— de diferentes investigadores que se lanzaron a estudiar la historia de los latifundios para

---

<sup>32</sup> Rodríguez Molas, Ricardo, Historia Social del gaucho, Ediciones Maru, Buenos Aires, 1968.

<sup>33</sup> Consolidado historiográficamente a partir del clásico libro de François Chevalier, La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux XVIe-XVIIe siècles, Paris, 1952. Edición española, México, 1956, sobre las haciendas mexicanas del siglo XVI y XVII.

toda América <sup>34</sup>. Asomaba nítidamente, detrás de estos cuestionamientos, uno de los principales debates historiográficos de la postguerra, el de la transición del feudalismo al capitalismo<sup>35</sup>. Latinoamérica aparecía ahora como un laboratorio para los historiadores, donde poder observar mejor el paso de un régimen productivo a otro.

La problemática —que captaba el interés de investigadores no sólo americanos <sup>36</sup> sino también estadounidenses y europeos— llegó a su clímax en el Congreso de Roma <sup>37</sup>, donde fueron incluidos dos trabajos sobre el mundo colonial argentino <sup>38</sup>. La búsqueda por determinar el modo de producción concentró la mirada de los historiadores en las estancias, cuyas cuentas comenzaron cada vez a ser más valoradas. La pampa feudal de Ingenieros necesitaba una revisión analítica. Si éste la había definido por su aspecto político, la nueva búsqueda sería en clave económica; la fuente cuantitativa adquiriría así cada vez más relevancia.

El lugar central del mundo colonial y su campaña no tenía, sin embargo, un interés historiográfico, sino uno que pudiera alcanzar una mejor interpretación teórica de los escritos marxistas. Empero, a partir del renovado interés sobre la estructura productiva en sus vertientes marxista y desarrollista, los historiadores descubrirían nuevas fuentes y encontrarían una veta desde donde desarrollar sus investigaciones, aunque, claro está, al precio de dirigir sus estudios, por un largo período, en una clave estructuralista. El debate sobre los modos de producción ofrecía una operativa respuesta al «para qué de la historia».

---

<sup>34</sup> Mörner, Magnus, «La hacienda hispanoamericana: examen de las investigaciones y debates recientes», en Enrique Florescano (coordinador), *Haciendas y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI editores, 1975, p. 15-16.

<sup>35</sup> El debate, originalmente entre marxistas, «se sitúa inevitablemente dentro de las ideas generales del materialismo histórico. La cuestión del régimen de producción es en la que se centra todo el debate.» Dobb, Maurice, «Prefacio», febrero de 1954, en Sweezy, Paul M. y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Buenos Aires, Ediciones La Cruz del Sur, 1974, p. 9-13.

<sup>36</sup> Los investigadores argentinos tuvieron un rol protagónico como lo demuestra uno de los episodios más famosos de este debate, la «Polémica sobre los modos de producción en Iberoamérica» entre Gunder G. Frank y Rodolfo Puiggrós en el *Gallo Ilustrado*, México, 17 y 31 de octubre, 12 y 28 de noviembre y 13 de diciembre de 1965. En su reproducción en *Izquierda Nacional*, Buenos Aires, octubre de 1966, N° 3, Abelardo Ramos hace un aporte final, denunciando de imperialista a Gunder Frank y a su academicismo.

<sup>37</sup> Congreso Internacional de Americanistas, Roma, septiembre de 1972. La edición del conjunto de las ponencias se encuentra en Florescano, Enrique (coordinador), *Haciendas, latifundios, etc.*, op. cit.

<sup>38</sup> Nos referimos a Halperin Donghi, Tulio, «Una estancia en la campaña de Buenos Aires, Fontezuela, 1753-1809» y Garavaglia, Juan Carlos, «Las actividades agropecuarias en el marco de la vida económica del pueblo de indios de nuestra señora de los Santos Reyes Magos de Yapeyú», en Florescano, E., (coordinador), *Haciendas y Plantaciones, etc.*, op. cit. De los dos trabajos argentinos, acaso el de Garavaglia parecía ser el más influenciado por determinar el modo de producción. En los primeros párrafos, por ejemplo, definió el modo de producción de los indios guaraníes como «despótico aldeano.»

Desde diferente perspectiva, pero conformando un nuevo cauce para la apertura temática, la versión clásica recibía un duro golpe a través de la renovadora mirada de Halperin Donghi. El futuro autor de *Revolución y Guerra* advertía ya lo que la renovación de los 80' confirmaría, la relativa importancia del status de hacendado en el siglo XVIII <sup>39</sup>. Aquel sector tan poderoso de la imagen tradicional, comenzaba a ser cuestionado y, en todo caso, su origen como sector dominante se verificaría sólo después de 1820. Por primera vez, la versión clásica era desafiada por un historiador desde la propia historia, sin necesitar de fundamentos ideológicos.

Años después, en base a un libro que incluiría casi dos décadas de investigaciones, Halperin profundizaría tal idea, para definir -desprovisto de la idea de un «destino misteriosamente inscripto desde los orígenes de los tiempos en el cuerpo y el alma de la nueva nación»<sup>40</sup> -, ya desde sus propósitos iniciales, a la elite política de tradicional génesis colonial como una clase «creada, destruida y vuelta a crear por la guerra y la revolución»<sup>41</sup>. *Revolución y Guerra*, en su primera parte, dejaría sentadas las huellas para las futuras investigaciones rioplatenses coloniales. Prácticamente todos los que actualmente se dedican al tema - aún quienes no acudieron al área con las mismas preguntas- de una u otra manera, le harían explícito su reconocimiento. Como dijera dos de ellos, «la producción halperiniana, con toda su variada gama de alternativas y sugerencias, había dejado sembrado un campo en el que era necesario también resembrar y tal vez diversificar la producción» <sup>42</sup>. Halperin se convertía desde ese momento en el pionero de la nueva imagen colonial pero también en su legitimador. La mención a su obra se convertiría en una casi inexorable condición de todos los trabajos posteriores sobre el tema <sup>43</sup>.

A principios del '70, dos brechas comenzaban a resquebrajar el viejo mito historiográfico. A partir de justificaciones ideológicas externas, o desde el ámbito propio de la historiografía argentina —más de una década después—, a medida que la primer motivación cedía terreno a la segunda, la imagen del mundo rural colonial se modificaría

---

<sup>39</sup> Ver Halperin, T., «La expansión ganadera...», en *Desarrollo Económico*, op. cit.

<sup>40</sup> Halperin Donghi, Tulio, «Prólogo» a *Revolución y Guerra*. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 1972, p. 8.

<sup>41</sup> *Ibíd.*

<sup>42</sup> Juan Carlos Garavaglia y José Luis Moreno, «Introducción», en Garavaglia, J. C. y Moreno, J. L. Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX, Buenos Aires, editorial Cántaro, 1993, p. 8.

<sup>43</sup> No es casual que haya prologado la obra integral de Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

completamente y quienes propiciaran tal cambio conformarían, por fin, una historiografía a la «altura de los tiempos»<sup>44</sup>.

### **¿Guerra de imágenes o guerra de fuentes?**

El doble impulso recibido entonces por la historia tardo colonial pronto quedaría fatalmente truncado. La dictadura militar frenaría toda renovación crítica de la historia, cualquier motivación que esta tuviera, ideológica o aún profesional. La imagen tradicional del mundo colonial, que apenas había comenzado a resquebrajarse, volvería a gozar de buena salud. Para la historiografía colonial, el proceso constituyó más una continuidad que una ruptura. La imagen clásica sobreviviría inmune hasta la propia polémica tandilense, para convertir a su figura más representativa, el gaucho, en el centro del debate. Sin embargo, desde la década del '80, la destrucción de la imagen tradicional de la pampa comenzaría a formar parte de la agenda de los colonialistas.

En la polémica, todas las ponencias se basaban en investigaciones previas de cada expositor sobre alguna unidad productiva. La elección de las fuentes a utilizar identificaba la postura de cada historiador y constituyó uno de los principales núcleos del debate.

No resultaba sorprendente. Los testimonios de viajeros habían comenzado a complementarse con otro tipo de documentos. Las fuentes diezmales, que empezaron a ser analizadas por Le Roy Ladurie para Europa a principios de la década del '70, fueron utilizadas por Garavaglia para el período colonial con sorprendentes resultados<sup>45</sup>. El análisis diezmal indicaba la importancia de la producción cerealera frente a la ganadera, a pesar de la tan arraigada imagen de la civilización del cuero.

La influencia de Ruggiero Romano, quien por diferentes motivos mantenía una activa relación con varios de los colonialistas, tendría una activa influencia en el auge de la historia serial con la que mantenía una perspectiva radical<sup>46</sup>.

---

<sup>44</sup> Expresión utilizada por Halperin para definir los objetivos de la historiografía argentina de las últimas décadas en Tulio Halperin Donghi, «Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)», en Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, N° 100, volumen 25, enero-marzo de 1986.

<sup>45</sup> Garavaglia, Juan Carlos, «Economic Growth and Regional Differentiations; The River Plate Region at the end of the Eighteenth Century», en Hispanic American History Review, 65 (1), 1985.

<sup>46</sup> Ver Devoto, Fernando, «Itinerario de un problema "Anales" y la historiografía argentina (1929-1965)», en Anuario del IEHS, N° 10, Tandil, 1995, p. 168-169 y 175.

La imagen de la pampa comenzaba a modificarse a medida que las fuentes cuantitativas reemplazaban a las cualitativas. El propio Mayo confirmaría el relativo poder del estanciero colonial en base a la prosopografía y al análisis de cientos de casos <sup>47</sup>.

Nuevas fuentes seguían apareciendo, cada una con eficacia específica. «Los inventarios son mucho más veraces en forma individual, pero serialmente incompletos y con toda probabilidad, ocurre exactamente lo contrario con los diezmos y padrones que abarcan un universo más completo, pero, son menos fiables en cuanto a precisión cuantitativa, especialmente si de contar ganado se trata» <sup>48</sup>. En pos de rebatir la antigua imagen pampeana, se cometían algunas exageraciones. La búsqueda del establecimiento típico en base al promedio <sup>49</sup> convertía al padrón en un objeto de estudio en sí mismo. Se configuraba un nuevo mundo rural a partir de las fuentes.

Se generaban también nuevos problemas. Los documentos a analizar, no siempre desconocidos, necesitaban de una profunda manipulación y un intenso esfuerzo interpretativo para no caer en los lugares comunes de antaño. A la manera de Langlois y Seignobos, se publicaron métodos para tratarlos según el camino que seguían las investigaciones<sup>50</sup>.

Las nuevas disputas sobre el período se realizan en clave cuantitativa <sup>51</sup>. Incluso Azcuy Ameghino - temeroso de que el desmoronamiento de la imagen previa arrastre consigo la identificación de los ganaderos como sector dominante no sólo de la historia colonial sino de toda la historia del país-utilizó fuentes cuantitativas para sustentar su visión tradicional <sup>52</sup>. Como un síntoma de la nueva situación, aún la propia imagen tradicional debe ser sostenida por fuentes cuantitativas. Aunque coincide con Azara, casi no lo aplica. Su utilización, sospechosa de poco científica, puede significar que una cuestión ideológica sea tergiversada en una simple cuestión metodológica.

La nueva historia colonial exige la aplicación de una misma metodología, aún en la disidencia. Oponer la opinión de un testigo a una masa documental cuantitativa, no

---

<sup>47</sup> Mayo, Carlos, Landed but not powerful, *The Colonial estancieros of Buenos Aires, 1750-1810*, HAHR, v.71, 4, nov. 1991.

<sup>48</sup> Garavaglia, J. C., "Las estancias en la campaña de Buenos Aires. Los medios de producción (1750-1850)", en Fradkin, R., *La historia agraria, etc.*, op. cit., p. 170.

<sup>49</sup> Ver *Ibíd.*

<sup>50</sup> Ver el método para tratar fuentes diezmales en Garavaglia, J. C., "Producción cerealera y producción ganadera en la campaña porteña: 1700-1820", en J. C. Garavaglia y J. Gelman, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*; Buenos Aires, Biblos, 1989.

<sup>51</sup> Ver, por ejemplo, la polémica entre Ricardo Salvatore y Jonathan Brown con J. Gelman en Fradkin, R., *La historia agraria, etc.*, op. cit.

<sup>52</sup> Azcuy Ameghino, Eduardo, "La propiedad de la tierra en los campos bonaerenses y el censo de hacendados de 1789", *Ciclos*, Año I, N° 1, 2do semestre de 1991.

parece un camino crítico muy adecuado para hacer historia económica ni para conocer mejor el pasado. Evidentemente la distancia de las imágenes de Busaniche de las actuales, reside en una profusión de nuevas fuentes.

Cuestionada la ganadería y el poder latifundista, el turno le tocaba al gaucho. Parecía que a medida que la pampa perdía relevancia como lugar de la identidad nacional, el objeto de estudio perdería también a uno de sus principales factores de legitimación. Sin embargo, si el estudio del mundo rural había necesitado tanto de motivaciones externas para ser por fin abordado, ahora, a partir de una profesionalización in crescendo, había madurado lo suficiente como para adquirir una legitimación por sí mismo. El gaucho podía convertirse en otra víctima de las nuevas fuentes, sin que el campo profesional quedara afectado. Pero la nueva cuestión no consistía en saber quien era el gaucho sino más bien en donde buscarlo.

Mayo, con una profunda preocupación por la sociedad pampeana y sus actores, iría a buscar al gaucho, exactamente en los lugares donde Sarmiento hubiera indicado, la justicia y la pulpería. Era lógico, Mayo había suprimido el poder de los hacendados de la imagen tradicional pero no había eliminado a los gauchos.

Los archivos notariales y judiciales ofrecían abundante información sobre las relaciones sociales en el campo y ofrecían además algo inédito, la voz del gaucho. Sin embargo, debían tratarse con sumo cuidado pues su voz, entre otras cosas, estaba atravesada por un discurso judicial específico. Como para los diezmos, fue necesario también un método para tratarlos<sup>53</sup>. En sus escritos, Mayo demostraba que la fuente cualitativa seguía siendo, en algún sentido, utilizable. Los impresionistas le brindaban colorido a su relato. En cierta manera, la clave de la «tensión» que él mismo advierte en su libro entre «una historia más narrativa, que se regodea en el detalle»<sup>54</sup> y una historia destinada a públicos profesionales era en realidad una tensión entre fuentes cuantitativas —casi las únicas aceptadas por científicas por los colonialistas— y fuentes cualitativas —o las «que buscaban entretener»<sup>55</sup>.

Pero para otros, el fenómeno gauchesco no había tenido tanta importancia. Personajes y actividades muy oscurecidas como la familia campesina y la agricultura —García advertía que la vida caótica que llevaban los gauchos era a causa de la falta de

---

<sup>53</sup> Carlos Mayo, Silvia Mallo y Osvaldo Barreneche, “Plebe urbana y justicia colonial: las fuentes judiciales. Notas para su manejo metodológico”, en *Frontera, sociedad y justicia coloniales*, 1, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1989.

<sup>54</sup> Mayo, C., *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995, página 23.

<sup>55</sup> *Ibíd.*

familia <sup>56</sup>— adquirirían una renovada nitidez ante la cada vez más compleja imagen rural pampeana. «Los ´estancieros´ y sus familias —los grupos domésticos que tan clara y gráficamente nos dibujan algunos censos— se ocupaban no sólo de las actividades ganaderas sino que también poseían majadas de ovejas, labraban la tierra y tenían animales de granja <sup>57</sup>». «En la campaña rioplatense durante un período relativamente corto del año hay alternativas para el peón ganadero porque se conchaba en mejores condiciones en la agricultura o porque tiene acceso a la tierra y es un campesino» <sup>58</sup> Gelman y Garavaglia habían encontrado en Chaianov un nuevo marco teórico que brindaba una solución lógica a una campaña con una masa diezmal agraria mayor que la ganadera.

Cada vez más de moda desde principios de los ´80 <sup>59</sup>, utilizado como una categoría transicional <sup>60</sup>, el «descubrimiento de Chaianov» se constituía en una instancia superadora de la clasificación en modos de producción. El análisis de los problemas prácticos que se había planteado con la modernización rural del campo ruso antes de 1917 podía ser aplicado a una economía campesina que escapaba tanto a las coacciones extraeconómicas feudales como a las de mercado. El numeroso campesinado colonial podía cultivar trigo en pequeñas unidades productivas familiares — la «autoexplotación campesina»— la mayor parte del año y trabajar parte del tiempo en la estancia <sup>61</sup>. El tan sólido gaucho de antaño podía convertirse en un mero fenómeno temporario.

### III. Consideraciones finales.

El pasado colonial rioplatense adquiriría a partir de la década del ´80 un interés específico. Sobre un área que parecía cerrada se abría un nuevo horizonte problemático. La campaña rioplatense recuperaba el tiempo, y la historia, a la campaña rioplatense. Los nuevos estudios rurales rompían por un lado, ya definitivamente, con un viejo mito

---

<sup>56</sup> García, Juan Agustín, *La ciudad indiana*, Buenos Aires, Hyspamérica, (1900), 1986.

<sup>57</sup> J. C. Garavaglia, *¿Existieron los gauchos?*, en *Anuario del IEHS*, op. cit., p. 43.

<sup>58</sup> J. Gelman, "¿Gauchos o campesinos?", en *ibidem*, p. 59.

<sup>59</sup> Ver Vilar, Pierre, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, México, Crítica, 1980., capítulo "Economía campesina".

<sup>60</sup> P. Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, *Industrialización antes de la industrialización*, Crítica, Barcelona, 1986.

<sup>61</sup> Ver Gelman, J. "Nuevas perspectivas sobre un viejo problema y una misma fuente: el gaucho y la historia rural del Río de la Plata colonial" en Fradkin, R., *La historia agraria*, etc., op. cit.

historiográfico pero continuaban, por otro, con la truncada renovación iniciada en la década del '60. La imagen rural pampeana cambiaba para siempre.

Es indudable, como señalan Tandeter<sup>62</sup> y Gelman, que la clave de los cuestionamientos provenía por el recurso a una variedad de fuentes antes descuidada. Pero también es cierto que la renovación rural no era una respuesta mecánica al descubrimiento de las nuevas fuentes. De hecho, muchos de los documentos que ahora se están hoy utilizando, hace décadas que fueron publicados y nunca fueron utilizados<sup>63</sup>. No debemos confundir causa con efecto.

Para que el recurso a nuevas fuentes fuera posible era necesaria otra actitud de los historiadores, más profesional, para librarse de las motivaciones externas que maniataban a los investigadores —incluidos algunos de los posteriormente renovadores. Era necesario, en definitiva, que la disciplina se situara a la «altura de los tiempos». Sólo entonces, el trabajo de archivo, «único camino para revertir esa imagen tradicional»<sup>64</sup>, adquiriría una vigencia renovadora.

---

<sup>62</sup> Ver Tandeter, Enrique, "El período colonial en la historiografía argentina reciente", en *Entrepasados*, número 7, 1994, p. 79.

<sup>63</sup> Ver los trabajos incluidos en volumen de J. C. Garavaglia y J. L. Moreno, *Población, sociedad, etc.*, op. cit.

<sup>64</sup> Juan Carlos Garavaglia, "Historiografía de la historia agraria colonial", en *Historiografía Argentina*, op. cit., p. 55.